

Antonio Acevedo Hernández

Creación y Testimonio

WELLINGTON ROJAS VALDEBENITO

Hace veinte años, un día 1° de diciembre —fecha aciaga para el teatro chileno— Antonio Acevedo Hernández iniciaba su último viaje. Nacido en Angol, en Marzo de 1887, tuvo una infancia y azorosa y deprimente. Un disgusto familiar lo hace huir de su hogar y en un carrito ferroviario llega a Loncoche. Desempeña todas labores propias de un niño sin hogar —cargador de feria— para luego estudiar carpintería, obteniendo así su primer oficio profesional. Un episodio vivido en Lonavi cambiaría el curso de su vida. Vio a un perro comerse a un animal; el patrón acusa al inquilino de que se lo había robado. Acevedo declara en favor del inquilino, pero su voz no es escuchada y por testificado en favor del inocente es azotado. Producto de ello es su primer drama "En el Rancho". En 1933, durante su estreno, el público obliga a repetir la obra en la misma noche.

En 1916, se estrena "Almas Perdidas"; en plena actuación entra la política y detiene al autor y los artistas. El drama es una fuerte crítica social. Nace así el teatro social en Chile.

Mientras tanto, los distintos grupos literarios no le perdonan sus éxitos. Comienzan a aparecer artículos con las más variadas caricaturas ridiculizándolo. En una revista lo dibujan escribiendo con un serrucho. Les parece imposible que un carpintero se convierta en dramaturgo.

Corría el año 20 y todo Chile coreaba el Cielito Lindo. Es en esta década cuando escribe sus mejores obras: "Arbol Viejo", "La Canción Rota" y dos dramas bíblicos: "Cain" y "Los Mercaderes del Templo". En la década del 30, Acevedo se convierte en investigador y folklorista. Artículos de su pluma aparecen en "Zig-Zag", "El Mercurio", "La Nación", "Los Tiempos" y otros. En 1939, comienza a trabajar en "Las Últimas

Noticias". Su incesante búsqueda de todo el quehacer cultural lo lleva a incursionar en el séptimo arte; es así como se pone detrás de las cámaras y dirige dos filmes basados en sus obras: "Almas Perdidas" y "Agua de Vertiente". Posteriormente, en 1941, Isidro Navarro lleva al celuloide su "Arbol Viejo".

Su fama traspasa ampliamente nuestras fronteras. En 1935 viaja a Polonia, donde se estrena "Los Caminos de Dios". La Universidad de Oxford lo antologa en un diccionario de autores. Recibe el Premio "Atenea" de la Universidad de Concepción y en 1955 el Premio de Labor Teatral.

En estos días, en su suelo natal, un grupo de jóvenes quijotes —Amantes de las tablas— le rinden homenaje. Se trata de la Agrupación Teatral Acevedo Hernández (Atae) quienes, en una titánica labor han decidido celebrar —desde el 24 de noviembre— "La Semana del Teatro", montando un ciclo de ocho obras, para culminar con el reestreno del drama bíblico "Cain", todo ello bajo el diestro timón del joven dramaturgo angolino Juan Bracamonte.

Desde la Ciudad de Los Confines, este grupo de jóvenes demuestra a todo el país que a menos —en la tierra que lo vio nacer— su obra múltiple, sombría, valiosa e inmortal, sigue vigente. Aunque muchos desearían lo contrario.

Su figura ha sido injustamente olvidada —a excepción del Teatro Itinerante, quienes en 1979 pusieron en escena su obra "Characillo".

A dos décadas de su muerte, sus dramas, sainetes, novelas, cuentos y leyendas, merecen ser rescatados del peñoso olvido en que han permanecido durante este último tiempo.

la Tribuna Los Angeles, 1-XII-1982 p. 12.